



## Catorce años por el atentado

• La violencia física es sólo el último escalón de la violencia verbal patrocinada desde el más alto nivel.

La sentencia de 14 años de prisión contra **Armando Escárcega**, alias *El Patrón*, por la autoría intelectual del intento de asesinato de **Ciro Gómez Leyva**, confirma lo que ya sabíamos desde aquella madrugada de diciembre de 2022: alguien quiso matar a mi compañero de **Imagen Televisión** por hacer su trabajo. Pero la condena —resultado del meticuloso trabajo de investigación que realizó **Omar García Harfuch** cuando era secretario de Seguridad de la Ciudad de México, al dismantelar la célula que operó el ataque— también revela algo más inquietante: la facilidad con la que se puede ordenar el asesinato de un periodista en México y la indiferencia sistemática con la que respondemos como sociedad.

El ambiente que rodeó aquel atentado no surgió de la nada. Durante seis años, las mañaneras de **López Obrador** funcionaron como un púlpito desde el cual se azuzó el odio contra medios y periodistas que no comulgaban con la narrativa oficial. La estrategia era simple y efectiva: señalar, descalificar, convertir a comunicadores en enemigos públicos. Cuando el poder político normaliza el discurso de que los periodistas son adversarios que merecen ser combatidos, no debería sorprendernos que alguien decida llevar ese mensaje a su conclusión lógica: el gatillo. La violencia física es sólo el último escalón de la violencia verbal patrocinada desde el más alto nivel. Los números son brutales. El sexenio de **AMLO** cerró como uno de los más letales para el periodismo mexicano: más de 40 periodistas asesinados, según registros de organizaciones de derechos humanos. Cada muerte fue acompañada de las mismas palabras vacías desde Palacio Nacional: condenas tibias, promesas de investigación, discursos sobre libertad de expresión que chocaban con la realidad de un presidente que dedicaba horas semanales a atacar por nombre a quienes lo criticaban.

Ahora *El Patrón* dice que fue el CJNG quien lo contrató para matar a **Ciro**. Quizá sea verdad. Quizá no. Francamente, ése no es el punto central. Lo que importa es que estamos poniendo la mesa para que la violencia contra comunicadores y periodistas no tenga ningún costo, ni para los criminales ni para los actores políticos. Hemos construido un sistema donde asesinar a un periodista tiene un costo bajo o nulo para quien lo ordena. Un sistema donde los criminales encuentran incentivos para eliminar voces incómodas, y donde los actores políticos han aprendido que pueden señalar blancos sin consecuencias. La impunidad no es un error del sistema: es el sistema mismo.

La sentencia de 14 años contra **Armando Escárcega** es importante, sí. Pero es apenas un peldaño en una escalera que tendríamos que estar bajando, no subiendo. Porque mientras no haya costos políticos reales para quienes desde el poder legitiman (o peor: azuzan) la violencia contra comunicadores, mientras no dismantelamos esta economía política del crimen que hace rentable el silencio a bala, cada sentencia será apenas una curita en una herida que, en México, sangra cada vez peor. Y la próxima vez que suene un disparo contra un periodista —porque habrá una próxima vez— tendremos que preguntarnos si realmente nos importó, como sociedad, lo suficiente para evitarlo. Y si mueren los periodistas, muere el periodismo. Y si muere el periodismo, sí, también muere la democracia.

---

Se ha construido un sistema donde asesinar a un periodista tiene un costo bajo o nulo para quien lo ordena.

---

